

Giosuè Calaciura  
**YO SOY JESÚS**  
PERIFÉRICA



**Giosuè Calaciura**  
**YO SOY JESÚS**

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2022  
TÍTULO ORIGINAL: *Io sono Gesù*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© 2021 Sellerio Editore, Palermo  
Publicado gracias a un acuerdo especial entre  
Sellerio Editore y The Ella Sher Literary Agency  
© de la traducción, Miguel Ros González, 2022  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres  
[info@editorialperiferica.com](mailto:info@editorialperiferica.com)  
[www.editorialperiferica.com](http://www.editorialperiferica.com)

ISBN: 978-84-18838-52-1  
DEPÓSITO LEGAL: CC-203-2022  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total  
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre  
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## CAPÍTULO UNO

Nací en Belén, hace treinta años. De niño, mi madre me contaba la noche legendaria de mi epifanía para hacer más llevaderos los largos viajes a lomos de la burra, cuando ya no le quedaban más maravillas que señalarme en el horizonte del desierto, ni animales, ni siluetas de rocas y piedras, y ni siquiera nubes que espolearan mi curiosidad con fantasías de rostros humanos, los de parientes que nunca había conocido y que ella me sugería, en medio de aquella aridez, para que me resultara más familiar el destino del exilio.

No disfrutábamos del don de una vida sedentaria. Errantes, perseguidos por peligros reales e incluso imaginarios, por los hombres y por la naturaleza, al menos hasta que cumplí cinco años. Mi madre me narraba mi primer amanecer para aliviar el dolor de la puesta de sol, que me causaba ataques de melancolía y arrebatos de llanto. Caía la noche y yo le pedía la mañana. Y, cuando empezaban a correr las lágrimas, ella comenzaba su relato. Me contaba mi propia historia para consolarme.

Tendría poco más de dos años: ése es el recuerdo más antiguo, aquélla fue la primera vez que mi madre intentó aplacar mi terror a la oscuridad refiriendo la magia de mi nacimiento. Susurraba sus palabras en medio de aquella tortura de viento y lluvia de una horrible noche egipcia que parecía no acabar nunca. Había aparecido el demonio

del temor, con su oscuridad rugiente y sus truenos amenazadores, enseñando los rayos de sus dientes. Yo me aferraba a la tela de su vestido con los puños apretados; con cada trueno hundía la cabeza en el aroma de su axila. Cuanto más impenetrable era la oscuridad, más colmaba ella de estrellas, cometas y presagios la noche de mi natividad. Quién sabe qué más tejía en aquella tiniebla, qué pacto cerraba con Dios para que yo dejara de llorar de una vez por todas; qué promesa y qué sacrificio, qué planes tenía para mí aquella madre niña que apenas unos días antes jugaba con las muñecas que mi padre tallaba para distraerla de la incomodidad del viaje y los dolores de parturienta. ¿Les prometería también a las muñecas lo que no se puede prometer? ¿Les relataría también cuentos de reinos que no son de este mundo, de parentescos con soberanos celestiales que juegan a ser omnipotentes? Hasta sus muñecas con mirada de madera se quedaban heladas. A mi madre, que todavía jugaba a ser madre, le parecía verlas temblar y las calentaba envolviéndolas en su manto. En realidad, incluso a sus matrices vegetales, a esos senos de madera desbastada por el esfuerzo paterno, aquel peso les parecía insoportable.

Cuando el sonido de sus palabras no bastaba para frenar mi llanto –ni el de las muñecas, inaudible–, cantaba una preciosa nana sobre cachorros que, cada cual en su guarida, al calor del pelaje o de las plumas, tronara o lloviese, se dormían en la segura compañía de sus madres.

Aquel miedo infantil nunca me abandonó. Aún hoy, en estas noches ya maduras, sufro por el mismo terror a la oscuridad que me atenazaba de pequeño. Pero ya no soy el niño Jesús: no puedo consolarme hundiéndome en la axila de mi madre. Ya es mayor, casi anciana; también su olor es antiguo. Confunde épocas y fechas; ya no recuerda si íbamos o veníamos, el grado de parentesco, cuándo hice

lo que hice o lo que habría tenido que hacer. Sobre aquello que no he hecho guarda silencio. Entre mi madre y yo flota, suspendida y tácita, la única verdad irremediable: sólo mi padre podría obrar el milagro de devolvernos la memoria. Pero mi padre ya no está; se marchó hace muchos años.

Sin memoria, sin confirmaciones, con el fin de tranquilizarme, consolarme y entender, me cuento mi nacimiento con las mismas palabras, cariñosas pero decididas, que pronunciaba mi madre para imponerse al fragor de la tempestad. Y puede que, tormenta a tormenta, haya ido añadiendo detalles de mi propia cosecha, como si yo también pudiera acordarme del milagro de aquella noche y tuviera un punto de vista particular, autónomo, libre de la mirada y del recuerdo de los adultos que me rodeaban: mi padre, mi madre, los pastores que traían mantas, leche y queso, los esclavos y las esclavas, e incluso las prostitutas y los animales, sujetos por el bocado o pastando en libertad. Y siguieron llegando, incluso reyes –me narraba mi madre– atraídos por quién sabe qué creencia en la reencarnación de dioses antiquísimos, quién sabe qué profecía y esperanza en una noche en el corazón del invierno. Si toda aquella gente se había reunido en las colinas de Belén, esperándome con ansiedad, ¿por qué no iba a poder mi madre acogerme con esa misma confianza?

Me contaba que traje una primavera precoz, de brotes y almendros floridos. Y ya no sé si fueron mis ojos u otros los que, aquella noche, contemplaron un maravilloso cometa en el cielo. Todo se confunde en una especie de vértigo. Pero es el único nacimiento que puedo contarme. En la única versión que conozco: la de mi madre. Ahora entiendo que todas las madres, no solamente la de Jesús, refieren a sus hijos su nacimiento como una fábula, el único milagro del que tenemos certeza, para que haber venido al mundo no

resulte demasiado cruel en las feroces noches de tormenta. Y, a través del relato de mi epifanía, reconstruyo paso a paso el camino que me ha traído a este preludio del enésimo e insoportable amanecer: tengo treinta años; siento asco por las traiciones que he sufrido y me repugna la ausencia de todo rastro de justicia, entre los hombres y en la naturaleza. Mi única cualidad, saber moldear la madera según los rudimentos de mi padre —he heredado, por decirlo así, sus pocos útiles de trabajo, algunos oxidados: en los mangos, el largo uso dejó impresa la huella de sus manos, más grandes y fuertes que las mías, que son más tímidas—, y la capacidad de fabular y razonar siguiendo las escrituras de los textos sagrados y de las oraciones. Buena parte de mis tardes transcurría en la mesa de la cocina, al lado de mi madre. Tenía prohibidos todos los juegos, y ella me inculcaba, señalando aquellos símbolos, la disciplina de la lectura. Así aprendí, advirtiendo el dolor del tiempo que se consumía en la llama del ocaso.

Mi padre nunca me contó mi nacimiento. Escuchaba la versión de mi madre mientras se afanaba en que el esfuerzo se nos hiciera más llevadero, en taparnos con vellones de carnero, en avivar las brasas. Entraba y salía al ritmo del aceite que se gastaba en el candil. «¿Adónde va?», le preguntaba a mi madre. Y ella, contemplando la luz de la débil llama, me mentía: «A cortar leña».

En silencio, volvía a hundirme en la profundidad de su olor; me preguntaba cómo iba mi padre a elegir, arrancar y cortar la leña en la oscuridad de la noche, con un viento y una lluvia que empañaban la vista, con la voz gélida de Dios bramando con truenos y relámpagos de cólera contra todo y contra todos. En realidad, mi padre salía a hacer otra ronda de reconocimiento y de vigilancia, a tejer con su inquietud una telaraña de seguridad alrededor de la casa para que la única amenaza fuera la naturaleza.

Unos soldados nos buscaban. Venían del norte y no temieron cruzar las fronteras del faraón. Pero no nos encontraron. Mi padre, José, se había hecho un experto en borrar todo rastro de nuestro paso y de cada una de nuestras paradas. Cuando llegaba la hora de marchar de nuevo, de escapar, porque se habían visto soldados en las inmediaciones, él miraba dentro y fuera de mi camastro, en la era donde jugaba junto al hogar en el que, por las noches, me dormía entre los brazos de mi madre escuchando la relación de mi nacimiento; hasta en el pozo, donde me gustaba oír el clamor de las piedras, que tardaban en llegar al agua después de soltarlas. Buscaba los juguetes que yo iba perdiendo y que él había creado a partir de troncos y raíces: tallaba animales, leones y camellos, pero también gatos egipcios, ovejas y lobos, con el fin de que no me sintiera demasiado solo. La noche antes de marcharnos, buscaba uno a uno aquellos juguetes perdidos, abandonados porque mi madre me había llamado para la cena o la oración en la lengua de nuestros antepasados con el propósito de que no perdiera el acento y la cadencia. O porque los había dejado por ahí sin más, distraído por otra cosa, por el vuelo rasante de las grullas sobre los aguazales, en dirección al río; por las cigüeñas, que se perdían al otro lado de la frontera de los cañaverales, rumbo al mar. «Que no se te vuelvan a olvidar tus animales», me regañaba mientras yo los cogía, ya montado en la burra, listo para otro desplazamiento, otra huida. Me había cosido una bolsa para que los guardara todos juntos y no los perdiera en nuestros traslados. Más tarde comprendí que no quería dejar rastro del paso de un niño.

A mi madre y a mi padre les pedía hermanos y hermanas balbuceando ese deseo en la lengua de quien nos alojaba, pues pasaba los días descalzo en compañía de los niños del río y aprendía rápido, sobre todo imprecaciones infantiles

que mis padres no entendían. Cuando nos llamaban a cenar, los demás niños volvían a sus casas agarrados de la mano: estaba claro que seguirían jugando y, merced a la complicidad del lecho fraternal, acabarían los cuentos y pasatiempos que se habían quedado en el aire. Entonces, cuando la oscuridad empezaba a aferrarme la garganta y a llevarme al borde de las lágrimas, les pedía un hermano o una hermana pequeña. No era un tema agradable. Mi madre hacía oídos sordos, intentaba hábilmente orientarme a deseos más urgentes y se alejaba para traerme agua. La oía dar largas vueltas por la casa, perdiendo el tiempo con la esperanza de que se me olvidara pronto aquel capricho, de que me durmiera. Y, para aplazar el momento de volver a mi lado, le preguntaba a mi padre si él también quería agua, y José, a quien le costaba captar las peticiones veladas de complicidad y ayuda por parte de mi madre, respondía: «No, gracias, ya he bebido». Irritada, ella se veía forzada a regresar junto a mí, que ya estaba listo para reiterar, obstinado, mi deseo: «Quiero un hermano».

Las primeras veces respondió con la dulzura ingenua de las madres jóvenes e inexpertas: «¿Para qué quieres tú un hermano? Tienes a mamá y a papá para ti solito». Mi madre tenía diecisiete años. Pero, cuando empezaba a mostrarme más insistente e intransigente, acaso nervioso ante la súbita y simultánea llegada del miedo a la noche y del sueño, que derribaba todas mis defensas, mi madre imponía a mi padre la obligación de compartir: ahora le tocaba a él encargarse del hijo. Y mi padre, avergonzado por tener que inventarse una excusa, intimidado por las miradas fulminantes de su mujer, llegaba para tranquilizarme con sus maneras toscas de trabajador de la madera, me cogía en brazos e intentaba acunarme como hacía cuando era un recién nacido, a aquella edad sin memoria y sin consciencia. Yo notaba su olor, que aún no sabía distinguir –no era el mismo con el

que conciliaba el sueño cada noche-, y me empecinaba en la petición de un hermano, repitiéndola hasta la saciedad, a falta de la voz de mi madre, como una nana, un consuelo improvisado. Mi padre, que ya no sabía qué inventarse, me susurraba, apretándome: «Pórtate bien, ¿es que quieres que mamá lllore?». Y yo, en mi angustiante duermevela, percibía la amenaza y, entre lágrimas, reiteraba las imprecaciones en lengua egipcia que había aprendido aquella tarde: «Que los pies se te hundan en el limo». Luego me sumía en un sueño de preguntas: «¿Por qué?». ¿Por qué iba a llorar mi madre ante la insistencia de mi ruego? ¿Porque no podía ser madre de otros hijos, de mis hermanos?

Durante nuestra estancia en Egipto, una de las mujeres del río, por aquel entonces madre de cuatro hijos que correteaban conmigo entre los cañaverales en las largas tardes en la orilla, y a quien yo había conocido con una enorme barriga por un nacimiento inminente, alumbró a un niño muerto, acontecimiento que me perturbó y del que me enteré al oír hablar a mis padres junto al fuego.

Se podía no nacer. Llegar hasta esa noche que todas las madres cuentan a sus hijos para consolarlos durante la tormenta y, en un instante, dar media vuelta. Tocaba desmontar las maravillas y la magia preparadas para el relato de la noche del nacimiento, el circo, la feria de la mentira disfrazada de misterio, y mandar a todo el mundo a casa, al frío de las majadas, a la soledad de las cabañas; despedirse de quienes se habían presentado con sus regalos, apagar la llama, ahuyentar el cometa y cerrar la puerta. En aquellos días de luto oí las pocas frases que mi padre y mi madre cruzaron con los vecinos para comentar su dolor. Había una que repetían mucho, también al despedirse: «Los hijos son riqueza». ¿Por qué mis padres, aun sufriendo la pobreza del exilio, renunciaban a nuevas riquezas?

Para distraerme de aquel deseo de ver crecer la familia, mi padre tallaba nuevos pájaros, y en las plumas que recogía bajo los nidos cosía pequeñas conchas del río; luego las ataba en forma de abanico y hacía colas de pavo real. Las desplegabam ante mis ojos y me revelaba que los pájaros del jardín del faraón sabían hablar las lenguas de los hombres y contaban cuentos para entretener a los poderosos aburridos. Yo jugaba a imitar las voces de cada animal, narrándome las historias negadas de hermanos y hermanas en la lengua de la fauna conocida, tapado únicamente por un paño alrededor de la cintura.

Mi padre. Cuando llegamos a Galilea, a Nazaret, reinaba en Judea el hijo del rey que odiaba a los niños, así que mi padre me quiso a su lado desde el primer día, debajo del techado a espaldas de la casa, donde trabajaba de carpintero y tenía la mesa grande. «Hoy vas a ayudarme», decía. Me ordenaba que le llevara sus herramientas o el cántaro de agua cuando tenía sed; que le sujetara una tabla mientras cortaba. Ya entonces sabía que habría podido hacerlo todo solo, sin la ayuda de un chiquillo. Pero me quería ahí, a la vista, para poner también a raya su preocupación. Cuando alguien, un vecino, un viandante o un cliente, paraba delante de la puerta de casa, yo ya estaba listo para ir corriendo a ver quién era, raudo y picado por la curiosidad. Pero mi padre me frenaba con la mano; con un gesto me ordenaba guardar silencio: primero iba él. Su inquietud, tan excéntrica, tan excesiva, me turbaba. Mientras lo ayudaba debajo del techado, veía de pasada a mis coetáneos corriendo en libertad y sin control. Mi madre me explicó que la preocupación de mi padre surgió justo después de mi nacimiento. Unos soldados estaban buscando a los niños. Y a muchos, me dijo, les hicieron daño. Él estaba desolado, por lo que decidió que había que marcharse sin dilación. Así empezó

nuestra huida y su pavor. Y, sin embargo, yo seguía viendo esa mirada de temor y preocupación en sus ojos cuando, a última hora de la tarde, mientras el sol comenzaba su descenso hacia el ocaso, mi madre me obligaba a leer los textos sagrados. Mi padre se quedaba fuera de la casa, mirándonos desde lejos; se limpiaba el serrín, se refrescaba el cuello y las axilas metiendo los brazos en una tina. Y nos observaba atentamente en aquel momento íntimo de palabras arrancadas a las páginas de la Torá. También éstas lo aterraban.

Mi padre era feliz cuando trabajaba. Le brillaban los ojos, pacientes, inteligentes. Sin miedo. Yo me sentaba en el borde de la mesa grande y me dejaba mirarle las manos, que se deslizaban por la madera para tantear su elasticidad y vocación, para descubrir sus nudos, que parecían ojos de la naturaleza escudriñando el mundo con asombro, abiertos de par en par, maravillados por las manos laboriosas de los hombres. No se debían cortar los nudos, su mirada, porque eso complicaría cualquier proyecto y porque su dureza escondía en realidad el punto más frágil de la madera. Esto me enseñaba mi padre. De los pocos años que pasó con nosotros, mi infancia, conservo sus palabras de carpintero, precisas, sencillas como sus gestos. Después de serrar, colocaba el dorso de la tabla a ras del ojo y luego volvía a repasarlo con los dedos para así descubrir la densidad de una protuberancia ante la indecisión de la hoja dentada, el defecto de una veta, la carcoma antigua de una Creación distraída. A mi padre no se le escapaba nada.

Envueltos en un paño guardaba unos preciosos fragmentos de vidrio verde, que sacaba con parsimonia y delicadeza para que no se desportillaran. Nos habían acompañado, como la bolsa de los juguetes tallados, como sus herramientas –unas piezas todavía misteriosas para mí: cuántas veces las oí rodar y tintinear en el costado de la burra–, en todos

nuestros viajes. Escogía uno, pues tenía un vidrio para cada madera, y lo pasaba una y otra vez sobre el corte con suavidad para no estropear el vidrio, para no rayar la madera, con un movimiento de brazos y de hombros que se me quedó grabado para siempre como el recuerdo más nítido de mi padre. Me explicaba cómo sujetar la tabla con mis tier-nas manos, y yo apretaba con todas mis fuerzas sin darme cuenta de que la madera ya estaba inmovilizada con el tornillo de banco. Mi padre pasaba el vidrio y brotaban de la nada corolas de madera, rizos y serrín que se acumulaban en el suelo hasta que los dos parecíamos árboles nacidos de un abono de virutas. Acabada la jornada, cuando ya no había suficiente luz para iluminar su trabajo, se tomaba un rato libre para jugar conmigo. Apartaba las herramientas y las colas, escogía los rizos de madera más bonitos y me los ponía en el pelo, nuevos tirabuzones de cariño. Se quedaba unos minutos observándome, indagando con la mirada, buscando algo en mi silueta a la luz tenue de la puesta de sol. Yo no me parecía a mi padre; no había heredado ningún rasgo de su cara. Aún coronado de virutas, me llevaba a casa para que mi madre me admirara.

También mi madre, lo recuerdo, pasaba largas horas es-cudriñándome. Eran miradas oblicuas, clandestinas; tam-bién ella buscaba algo en mi cara, acaso el reflejo de un pa-recido, un gesto familiar, una tonalidad en mis ojos que le recordara a su padre, mi abuelo, o a su madre. Me observa-ba mientras comía y todavía con más detenimiento mien-tras me lavaba. Me frotaba con fuerza la barbilla y los la-bios para limpiarme los restos de fruta, para borrar algo del pasado o configurar mi rostro futuro. Luego me miraba a los ojos, un buen rato, buceando en el fondo de mi mirada hasta que, satisfecha de lo que había encontrado, me son-reía y me secaba.

A medida que crecía, aquella curiosidad de mi madre y de mi padre por mi cara se volvió menos frecuente. Pero sigo recordando sus miradas de asombro, paralizadas, observándome en el silencio de la hora de la comida, mientras mordía el pan inclinado hacia el plato o bebía levantando la barbilla. Veía sus ojos al otro lado del cuenco, sedientos de curiosidad. Entonces yo bajaba los míos y preguntaba: «¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis?». Mi madre, con expresión avergonzada, respondía: «Tienes el pelo muy largo; hay que cortártelo».

A mí no me apetecía perder el tiempo, contener mi inquietud de niño que había crecido mientras esperaba a que mi padre terminara de cortarme los rizos. Le pedía prestadas las tijeras para esquilar ovejas al pastor, que le devolvía así el favor de haber arreglado la puerta de su majada, arrancada por el carnero. Yo buscaba excusas: actividades vespertinas, visitas de amigos, juegos inaplazables. Pero no colaba. Me tocaba quedarme sentado viendo escapar la tarde mientras mi padre me cortaba el pelo. Notaba sus manos en la cabeza, una caricia antes de cada mordisco de las tijeras. Me gustaría volver a sentir tus manos perdidas en mi cabeza; una caricia más, padre, una bendición; de nuevo tu palma deslizándose hasta mi frente para comprobar que no tenía fiebre. Aquella fiebre infantil e inexplicable que atacaba sin previo aviso y sin motivo. Yo parecía enfermizo por la leyenda de una tara hereditaria en la familia: la señal de los elegidos, que se manifiesta en una enfermedad, una pequeña diferencia, ligeras malformaciones susurradas entre los parientes que venían de visita o en nuestras estancias pascuales en casa de los primos, en Jerusalén. Cuántas veces, en nuestros juegos infantiles de demostración de fuerza y supremacía, nos enseñaba Juan su tercer y extravagante pezón, como una herencia directa de Dios, aún titubeante

sobre los modelos de la Creación. Yo, en realidad, era un niño normal, sano y robusto. Después de las primeras alarmas, de las primeras preocupaciones, mi padre y mi madre se habían acostumbrado. Me cuidaban con la medicina del cariño, convencidos de que se me pasaría pronto. La fiebre duraba dos días, tres a lo sumo. Mi padre me cogía en brazos, me dejaba en su camastro y abría la ventana para que entrara aire fresco; mi madre me desnudaba, me humedecía la frente y los labios con un paño y me acariciaba las palmas de las manos, los pies. Yo me quedaba sumido en la penumbra, en un sosegado delirio de alucinaciones, y, mientras mi madre me juntaba los pies para abrazarlos, yo, tumbado en una cama entera para mí, estiraba los brazos en forma de cruz, como las alas de un pájaro, y volaba en sueños.

Con el final de la infancia también concluyó la inexplicable fiebre. Me han quedado secuelas que se manifiestan en forma de vértigos, recuerdos confusos de las pesadillas donde braceaba contra el calor, los olores y las luces; la opresión de la cama, la molestia en la piel de las sábanas empapadas de sudor, que dejaban impresa la forma de mi cuerpo, el prematuro sudario de un muerto precoz.

Como todos los años, cuando se acercaba la Pascua nos preparábamos para ir a Jerusalén. Mi padre, José, había vaciado la bolsa de mis animales de juguete –hacía ya tiempo que había cambiado aquellos juegos por las lecturas vespertinas de los textos sagrados en compañía de mi madre– para meter sus herramientas básicas porque, según decía, nunca se sabe si puede surgir una urgencia, una chapuza para algún pariente o conocido. Entonces nos poníamos en marcha, y mi padre lo hacía con la esperanza de trabajar con motivo de la Pascua, ya que éramos pobres en una tierra pobre.

El pago en moneda contante era insólito. Y también inútil, habida cuenta de que se prefería el trueque o el trabajo

a cambio de pan, carne y leche. En Nazaret, el dinero poseía el valor inferior de las cosas inertes; todo se fabricaba y se intercambiaba: los alimentos, la ropa, los objetos. En efectivo pagaban nada más que los ricos –en Nazaret no los había– o los pobres de solemnidad, los mendigos enfermos, los tullidos y los locos. La calderilla que teníamos en casa era fruto de la generosidad de mi padre con las viudas sin hijos que necesitaban arreglos urgentes: pagaban con monedas antiguas y fuera de circulación que lucían las efigies de reyes difuntos, pues era lo único que tenían. Las llevábamos en Pascua a Jerusalén, ya que la ciudad vive del dinero. Tintineaban en la bolsa junto con las herramientas de mi padre. Ese ruido nos tranquilizaba: también nosotros contribuiríamos al banquete. Más adelante comprendería que la riqueza ratifica todas las diferencias e injusticias: es ella la que condena a los siervos y salva a los amos.

Tenía doce años y ya no viajaba a lomos de la burra, sino al lado de mi padre. Días y noches de camino y fatiga. Me tocaba cuidar del animal, aligerarlo de la carga para pasar la noche en las posadas, ayudar a mi madre a desmontar y a montar. Sabía que aquel desplazamiento anual a Jerusalén era idéntico a los que precedieron a la relación de mi nacimiento. Me intrigaba saber qué habían visto mis padres cuando yo aún no existía y cómo era el mundo antes de mi venida, cómo me acogió. El viaje de Pascua de aquel año avivó en mí una curiosidad más: había preguntado a mis padres si podíamos pasar por Belén para ver la gruta, la cabaña, el establo; para ver el lugar donde vine al mundo. Lo pedí por favor y logré sobreponerme a la molestia que suponía aquel breve desvío. Desde que había dejado de pedir hermanos y hermanas, no tenía otros caprichos. No era un chico tozudo, así que me complacieron; conseguí que también a ellos les picara la curiosidad por volver a ver aquellos lugares.